

Función social del intelectual

Edistio Cámere
Proforhum

La actividad del intelectual se despliega dentro de un contexto histórico determinado del cual forma parte y, a través de la articulación de su pensamiento y de su vida, intenta comprenderlo y explicarlo a sus coetáneos. Los cambios en la sociedad y las tribulaciones del hombre actual se explican en el terreno de las ideas. No pocas veces, son los pensadores los que las generan pues en la búsqueda de la verdad se instalan en “su verdad” dando noticia de *su particular modo de entender los problemas*. De este modo, su influencia, al no tener refrendo ni compromiso moral, se torna en “influencia” para la sociedad.

El progreso de las ciencias ha sido y es el emblema del siglo XX y del presente. Tal avance ha traído consigo una ramificación en las diversas disciplinas del saber, a tal punto que no es fácil advertir cuál es la disciplina madre y cuáles las especialidades. Pero no sólo eso, aquellas, con arrogancia supina, recusan toda filiación: se autoproclaman autónomas, libres de todo vínculo, dependencia o complementariedad. Las ciencias desgajadas de madre, terminan convencidas que desde su reducida y estrecha visión pueden dar soluciones a los problemas generales. En el colmo de su soberbia, en no pocos casos, ensayan cosmovisiones.

Observar

El reloj marca la hora de inicio. El público está expectante. De pronto por los parlantes se escucha: “*Señores tengan la bondad de abandonar el recinto hasta nuevo aviso*”. Más tarde son invitados a entrar. Nada más traspasar el umbral de la puerta, el asombro y el desconcierto se dibujan en los rostros. Las butacas en desorden, unas caídas, otras ubicadas en sentido contrario, no pocas apiñadas sin sentido. La pizarra boca abajo en la mitad de la sala. El estrado yace en el extremo opuesto de su lugar original. El atril caído. Los equipos desconectados y sembrados antojadizamente... “*Atención por favor, en breve se iniciará la conferencia*”. Las reacciones no se hacen esperar. Algunos, lamentándose del nuevo estado de las

cosas, toman sus sillas y se sientan a esperar. Hay quienes se dirigen con celeridad en pos de las butacas. Llegar no es tarea fácil. Tropiezan, caen golpeándose unos contra otros. Discuten, se culpan mutuamente... dificultando aún más la llegada a su destino. No pocos, buscan febrilmente a los organizadores para que resuelvan el problema: pagaron por escuchar. Un grupo, advierte que es necesario acomodar las cosas, en esa situación difícilmente puede llevarse a cabo la conferencia. Tratan a todo trance que el resto los escuche y se ponga a su merced. Es tal el caos reinante que su intento resulta fallido. No contentos, intentan encaramarse por la fuerza, amenazando con gritos y empujones. Por último, otro grupo, enjuicia la situación e intenta restituir las cosas conforme al dictado del sentido común y de su memoria. Empiezan por ordenar a su alrededor, el avance se torna lento pero entienden que es el camino atinado. Incluso más, advierten que algunos cambios de ubicación resultan positivos, útiles y novedosos: pueden aportar alternativas para futuras conferencias.

Con licencia del caso se puede afirmar que análogos son los comportamientos que se advierte en la sociedad de hoy en día, que se caracteriza por ser *anatópica*. Tópicos, puntos, lugares, ideas... sin ubicación. Muchas "cosas" están fuera de lugar, desordenadas, como consecuencia de un remezón que ha resquebrajado algunas y rotos otras estructuras que amarraban la sociedad a unos pilares. Sin complexión que aglomere, los pensamientos, las ideas, las actitudes y los comportamientos individuales se enfatizan sin canales que los encausen, generando aún más desconcierto. La diversidad desbocada impide todo intento global de costura o remendadura de las estructuras.

Los cambios en general, no son neutros ni tampoco tienen que ser enteramente negativos, pero, cierto es, que generan crisis. Aquellas no sobrevienen por azar, son consecuencia de la libertad que permite al hombre, aplicando su inteligencia, proponer ideas, inventos, técnicas que tienden a modificar el *statu quo* social. No obstante, esos *aportes* no son originales, se alimentan de la realidad previa, precisamente de aquella que intentan modificar, y de ideas que, parafraseando a Chesterton, no es que sean nuevas sino que son fragmentos de viejas ideas, separadas de su contexto y valor prístinos.

Las crisis no se han estrenado en el siglo XXI. Quizá su novedad estribe en la extensión, o para usar una palabra de moda, en su mundialización, que ha llevado a una quiebra del plexo social y a la acentuación de lo legal positivo, soportado por el relativismo y el emotivismo en detrimento de unos cauces jurídicos que nacen del derecho natural y de las costumbres. Es lógico suponer que ante la ausencia de ideas o criterios rectores que enhebrén el tejido social, se pretenda que la solución de las crisis pase por la dación de leyes, a las que se les atribuye tal poder – que

raya en cierto fundamentalismo – que mueve a los hombres a cambiar sus comportamientos tan sólo en virtud de su promulgación. Cuando el sentido común, las costumbres sancionan, los cambios se operan y se mantienen gracias al compromiso y responsabilidad personales. La sociedad está compuesta por familias y la familia por personas. Por tanto, las acciones se imputan a personas concretas y no a sistemas que de mecánico sólo tienen el proceso, una vez que alguien los crea y acciona.

Lo *anatópico* de la sociedad actual no concierne a las leyes físicas, ni químicas ni a las biológicas; en último extremo, ni a los instrumentos... ellos poseen un orden intrínseco lógico y consistente. Más bien, afecta a las personas cuyos comportamientos obedecen a actitudes pensantes, que los motivan o justifican. El orden no podrá acampar en una sociedad en la que prima el relativismo, en la que el “yo” se erige como el principio y motor de las propias apreciaciones y *quereres*. Si cada cual persigue y, utiliza al “otro” en la consecución de su propio bienestar, todos querrán ser palos de tejer y ninguno se ofrecerá a ser lana.

En la sociedad –siendo fin en sentido real– el hombre es *medio* para el bien del otro. Sí las personas participan de la misma naturaleza racional y de la misma identidad originaria, los modos de ser, las características personales y sus facultades no deberían ser un obstáculo para la coexistencia, su acrecentamiento y desarrollo serán más bien una tarea corresponsable. La meta no es alcanzar la máxima libertad personal en tanto interfiera con la de los demás. La libertad ajena no un límite es una misión: *“he de cuidar de que ellos sean tan libres como yo quiero serlo. Con lo cual estamos diciendo implícitamente que no es suficiente respetar la dignidad de la persona, sino que es preciso acrecentarla”* (R. Yepes). Sin embargo, en la vida cotidiana se advierte que la libertad le juega malas pasadas a las facultades desviándolas de su fin. La inteligencia puede engolfarse con su poder construyendo “su verdad” y desde esa particular atalaya intenta explicar su historia y abrirse a una realidad segmentada. La voluntad, por su parte, como consecuencia de la aprehensión intelectual, sólo se aparca en el propio querer, en lo que le aparece como bueno, con arreglo a sus gustos y necesidades.

Descentrarse de sí mismo sólo es posible en la medida que “el yo” sea jalonado por razones y principios que lo trasciendan y le ayuden a centrarse en el ámbito de una relación solidaria con y para los otros. En ausencia de tales principios anclados en la realidad, la combinación del plexo social será poco probable, los hombres se percibirán como contrarios, cuanto lo propio es que en tanto sujetos sean opuestos –cada uno es y tiene una identidad– pero como complementarios. El retorno o el *volver* al sendero de los principios será una tarea humanamente enriquecedora, no obstante, los problemas, desafíos, trasgresiones, claudicaciones serán

compañeros permanentes en ese viaje. El *volver* supone un movimiento voluntario y consciente. No se postula un retorno a época alguna, el añorar es ya escape del presente, que por más convulsionado que este, es el tiempo y el espacio recibido *para ser y hacer*. *Volver* tampoco es reponer el pasado, en tanto acaecido ya no es; su presunta reposición sin más es una radical quimera. El presente no fuera presente sin una historia que lo sostenga. Pero, el hoy con lo recibido no vive esa, si no su propia historia. El profesor Leonardo Polo, explica “*gran parte de lo imprevisible de la vida se cifra en que la experiencia de cada uno no es transmisible a los demás*” *Volver* al pasado no es repetirlo, es acercarse a él con reverencia, con actitud de aprender y, sobre todo, de perdonar. Es ese el modo de asumirlo e integrarlo al presente. El hombre moderno cree pertenecer a una nueva estirpe, sin genealogía ni raíces, con la encomienda de construir el edén secular. Sin guías ni rastros edifica en terreno incierto y movedizo, pendulando entre el ensayo y el error, cuando un acierto es recurrente, se aferra a él como paradigma dogmático. Jalonado por las “*certeza*” no hay espacio para la verdad ni menos para lo trascendente. ¿Qué vertebra ese edén secular? Lo que se ve, lo que se toca, lo que se siente y lo que se goza.

Volver es poner el buey delante del arado ¿quién lo pone? ¿Por qué allí? Son interrogantes que no se pueden responder desde el hombre pero que si encuentran respuesta a partir de él, si se abre con respeto y sencillez a la realidad para hacerse cargo de que no “*es*” solo ni está solo, que en su vida existen principios que le dan sentido y finalidad. Más allá de si mismo, el “*otro*” se revela como un alguien singular e irreplicable, que busca su mirada para entrar en relación y fundar “*ámbitos*” humanos, donde prima la acogida, el dialogo y la creatividad. *Volver* a los principios es estar dispuestos a asumir los riesgos y las consecuencias de la libertad personal que por ser tal, en sus acciones, se abre a la diversidad. La unidad se verifica en que se es libre y no en el pensamiento ni el querer. Buscar la igualdad es no atender la realidad. A las diferencias se les acoge en la comprensión y en sus posibilidades, entre las cuales está la ayuda para el crecimiento de su libertad.

Volver a los principios es querer que en nuestro tiempo, la verdad, la bondad, la unidad, la belleza, el amor, el valor de la persona... se pongan delante del arado. Que del oriente a poniente, en cada ciudad, en cada comunidad, en cada familia, en el interior de cada persona sople de nuevo el espíritu de la paz y solidaridad... que cada uno busque la mirada del otro, y que no vea en ella una limitación sino un campo de posibilidades, un lugar de encuentro, que ansíe construir un mundo más hospitalario... que ahora que las butacas se han desordenado, sea la oportunidad de colocarlas en una mejor ubicación, donde todos logren tener

una mejor vista... ¿Colocar las butacas en el mismo lugar no corre el peligro de repetir, junto con los aciertos, los errores?

Pensar

Emprender viaje por los caminos de la vida intelectual, es tener la certeza de que uno se topará con inusitados y apasionantes parajes que, al seducir avivan el empeño por continuar. En todo peregrinar uno encuentra -como un alto en el camino- mesones, posadas y ventas que sirven para reparar fuerzas y también para “hacerse cargo” de que el trecho recorrido es trayecto poseído. Pero, esas estaciones ni son neutras ni pálidas, más bien, convocan y atraen tentando al viandante a estacionarse postergando sin fecha su marcha. Al igual, partir en el tren de vida intelectual supone no dejarse arrobar por destellos brillantes que resplandecen por el camino ni menos aún apearse para ir en pos de ellos. No sea que, entretenido en seguir sus breves estelas, pierda el tren que reemprende su travesía.

Ciertamente, el horizonte de la vida intelectual tiene un destino, una finalidad. Discurrir, pensar, reflexionar y analizar son destrezas que en su mero ejercicio no encuentran su virtud, si no cuando tienen un sentido que las anima a desplegarse con mayor finura y alcances. No cabe duda que si la inteligencia se abre a la realidad, su actividad tenderá a la búsqueda de la verdad. Buscar predica una acción esforzada, quizá hasta violenta, porque es necesario remover obstáculos tanto los propios como los próximos. Se busca lo que inmediatamente no está al alcance de los sentidos. La verdad está pero no aparece clara y distinta. Por eso, “es preciso primero aprender a mirar”,¹ que no es curiosear como lo hacen los conductores ante un accidente automovilístico: disminuyen la velocidad, miran y siguen de largo. Mirar es desplazar el “yo” hacia el objeto mirado, señal que ha impactado y llamado la atención. Con cierto desencanto el Obispo de Hipona afirmaba “(...) mi rostro veía las cosas iluminadas, pero él se quedaba sin iluminar”.² Es verdad, a veces uno se deja arrobar por la forma, por los colores, por la presencias no obstante, la desazón emerge de inmediato ante la inconsistencia de lo que hay tras el fenómeno. ¿Qué ilumina al rostro? Lo que asombra, lo que se admira, lo que interpela, lo que afecta como novedad suscitando un ¿por qué?, un ¿cómo? El interrogarse es un modo cabal de búsqueda, descubre la condición de creaturas ante el portento de la naturaleza que asoma como la punta de un iceberg ante la mirada.

¹ Jaime NUBIOLA, *El taller de la filosofía*. Pamplona, EUNSA, 2002, p. 23

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*. Lima, CETA, 1986, p. 80

La inteligencia no *se posa*, más bien se podría decir, que se asocia con la verdad, de tal manera que aquella le reclama mayor participación: la inteligencia no va ni opera por libre. La búsqueda se hace consistente cuando se convierte en vida intelectual y la propia vida es objeto de reflexión y de trabajo que entraña un cultivo personal diligente y paciente. A la verdad se aproxima mediante el ejercicio cognoscitivo pero se la posee cuando se subordina la propia vida a su encanto y rigor. Cuanto más se la conoce más se la ama, a tal punto que ya no será el conocer sino el amor el que mueva hacia su encuentro, pero con una condición, llegar no siendo como ahora sino mejor.

El crecimiento personal es la condición que marca la misión para quien se dedica al pensar como ocupación. Primero, porque el contenido de su reflexión transmitida es, como señala Nubiola, "su efectivo modo de vivir y pensar".³ En segundo lugar, porque muestra alternativas para que el "otro" decida autodeterminarse hacia su desarrollo como persona. Al decir alternativas no sólo se hace referencia a proposiciones razonables, se hace hincapié en el esfuerzo y lucha que libra por crecer él mismo como persona. La propia dinámica tensional por ser mejor, al adquirir virtudes o corregir defectos, incide en la calidad de sus aportes y en la percepción real y comprensiva de los demás. El propio movimiento por crecer se convierte en patrimonio personal, que como hecho experimentado, se torna en actitud de servicio: procurar que "el otro" sea mejor que uno. Finalmente, la autoridad no nace de una retórica o prosa exquisitas, más bien, es consecuencia de la unidad de vida y de la integridad personal. Para quien se dedica al pensar, no basta la palabra aunque revele el esfuerzo vivido es imprescindible que testimonie la palabra encarnada.

El amor a la sabiduría que "no sólo concierne al pensamiento sino que sobre todo afecta a la vida" no es mero embeleso ni medalla conquistada, dice Nubiola. Por el contrario, es una permanente invitación a abrirse a la verdad con la convicción que es factible ensayar diferentes modos de conocerla y, con sencillez para recomenzar cuando los errores pesan. La verdad es un bien no atribuible como propiedad a quien se dedica intelectualmente a ella. Precisamente, el amor que le profesa explica su deseo de comunicar y extender la verdad, como unpreciado bien. Quedarse con ella como alimento a la propia vanidad es por ello un despropósito: "la verdad es un cuerpo vivo que crece y está abierto a la contribución de todos",⁴ y de ahí se desprende -se podría añadir- que la verdad puede ser conocida y amada por todos.

³ *El taller de la filosofía*, p. 29.

⁴ *El taller de la filosofía*, pp. 45 y 47.

Comunicar

Comunicar la verdad no es tarea antojadiza ni menos pretenciosa. Requiere de quien se consagra a la vida intelectual, además de madurez personal, formalizar su pensar: reflexión, rigor y creatividad. No menos importante, es perfilar su expresión: cuanto más señor sea de su propia lengua más podrá transformar sus disquisiciones en ideas radicadas y atractivas para la acción. Con la práctica de escribir no sólo se gana en claridad, precisión y elegancia, también el propio pensamiento se beneficia: adquiere profundidad, rigor, flexibilidad y creatividad. Una palabra puesta en un papel da pie a una idea, la que a su vez da entrada a un párrafo. La palabra escrita convoca y espera una acotación, la respuesta es devuelta con otra de mayor sustancia o energía quizá porque en el ínterin se recurrió a un autor que mejor considera la cuestión. Son momentos dialógicos de tensión expectante, donde el tiempo parece detenerse y el espacio reducirse. Ese diálogo puede explicar, el por qué quien piensa prefiera el silencio y la soledad. No un silencio anodino sino apaciblemente solidario con la creatividad y una soledad que es como miel para las ideas que van emergiendo sin precipitaciones ni a empellones.

Si uno quisiera calentarse con el brasero de una chimenea sólo con fósforos no basta, es necesaria la leña que es el material combustible; de igual modo, solo con una pila de madera y sin cerillas no se lograría el objetivo. Ambos son importantes pero la calidad y cantidad de leña mantienen avivado el fuego por largo tiempo. Las ideas son a la leña como el fósforo a la escritura. Para que los "fósforos" cumplan su función acertadamente, es necesario preparar el material combustible con el pensar, con el estar atento para captar lo relevante y lo significativo del entorno. De la lectura de un libro, de la conversación con un amigo o un colega, de las noticias o de los acontecimientos, se puede extraer material para la reflexión. Para quien sabe mirar, la vida es un mosaico de posibilidades para descubrir y aprender. ¡Qué buena cosa es anotar cuando un suceso o una frase suscitan un afecto o una idea! Cuando -con el tiempo- se vuelve a lo anotado "la escritura no partirá de la nada, sino que será la continuación natural, la expansión creativa de las anotaciones y reflexiones precedentes".⁵

Mirar también tiene un sujeto que reclama atención: uno mismo. Los ojos ven hacia delante, se les oculta el percibir cómo a uno le afectan las cosas y las situaciones. Mirar dentro de uno mismo es toparse simultáneamente con las grandezas, con las peculiaridades y limitaciones del propio ser. Cuando alguien pregunta ¿quién es usted? se responde reseñando los datos generales, aquellos que sirven al casual interlocutor

⁵ *El taller de la filosofía*, p. 86.

para que al identificarme, me distinga de los demás. Si aún insiste con la pregunta, se narra la historia, pero no cualquiera, sino la biográfica, la que describe los hechos considerados “públicos”, que sirven para darme a conocer. En una relación interpersonal afectiva, ante la misma cuestión, la respuesta contiene no ya hechos solamente, sino pensamientos, deseos, afectos, ilusiones e incluso reflexiones sobre lo que se cree y acerca de la vida. Es, sin duda, un paso más. Es revelar la intimidad. Pero cuando quien se pregunta ¿quién soy yo? es un pensador, su respuesta al plasmarla en un papel contribuye a que otros puedan conocerse mejor y aquel al conocerse un poco más, habrá crecido en unidad y señorío personal.

Quien escribe no es lo que piensa, es lo que expresa, en tanto que lo expresado sea claro, preciso y elegante. Asumir la escritura de modo habitual comporta acomodar la propia vida a sus propósitos. No cabe ni el devaneo que lleva a tratarla en “tiempos festivos” ni el abandono cuando se hace cuesta arriba ante la aridez productiva. Consagrarse a la comunicación supone poner entre paréntesis los estados de ánimo, no que se anulen, si no que a pesar de ellos, se tiene que proseguir. El intelectual tiene experiencias, vivencias, afectos y emociones que sazonan su vida y, ésta –en su misteriosa complejidad– es precisamente, la que tiene que articular con su pensamiento e intentar que el corazón siga las razones de su opción por la vida intelectual. ¿De qué otro modo, podría resistir el largo tramo que media entre su trabajo y el resultado? Para quien comunica, el mundo continúa con sus tramas y colores lejos de su estancia, pero en él no está. Utilizando una figura, se podría comparar el escribir con el viajar. Instalado en un nuevo país, los paisajes, las personas, los usos idiomáticos, las costumbres, sorprenden y asombran. Cuando uno retorna al lugar de origen lo hace con nuevos conocimientos y experiencias vitales. Sin embargo, en la ausencia, la vida en el propio terruño se ha desplegado quizá con la misma intensidad con la que el viajero se entusiasmaba con los parajes visitados. En la propia biografía se suma parte de una nueva historia a la par que se resta –por ausencia– parte de la propia historia.

Un elemento positivo que tiene el escribir es la posibilidad de contribuir con el esclarecimiento de la verdad. El escritor está a su servicio y no al revés. La amplitud del saber y el rigor de su pensamiento no son para vanagloria personal, son talentos que tiene que comunicar a los demás. El modo en que quien escribe es solidario y contribuye al bien común, es haciendo asequible la comprensión de la verdad a sus lectores. “Con mi cultura pretendía agradar a los hombres y nada más que agradecerlos en lugar de instruirlos”⁶ confesaba San Agustín. Triste sería

⁶ San Agustín, *Confesiones*, Lima, CETA, 1986, pág. 117

si quien se dedica a escribir, invirtiera horas de estudio y de trabajo por tan ramera ganancia. Los aplausos no plenifican la vida. Por eso, igual se complace con la crítica como con la retribución, ambas lo alientan y lo confirman en su actividad.

El consejo oportuno, la corrección atinada, en el marco de un diálogo con alguien que como él comparte la misma misión, sin duda, será motivo suficiente para saberse acompañado, comprendido y estimulado para aventurarse a remontar el reto que supone comunicar con claridad y precisión su pensamiento. La claridad no se obtiene de golpe, reclama tenacidad y perseverancia para trabajar una y otra vez sobre el texto escrito, corrigiendo o cambiando de ubicación palabras y oraciones hasta finalmente dar con la forma más adecuada para expresar lo que se quiere comunicar. La corona de dicho esfuerzo será que el lector manifieste con gesto elocuente: ¡Ajá! ¡Así era! Señal que ha comprendido.